

LISA JEWELL

CUANDO ELLIE SE FUE

Traducción de Marcelo E. Mazzanti



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2024

A Lor

Nota sobre el nombre del personaje «Sara-Jade Virtue»

El nombre de «Sara-Jade Virtue» está inspirado en una Sara-Jade Virtue real, ganadora de la subasta Get In Character que recauda dinero para la organización caritativa británica CLIC Sargent. Por cierto, Sara-Jade es una de las editoras más apasionantes e influyentes, y estoy muy orgullosa de usar su nombre.

La misión de CLIC Sargent es cambiar lo que significa que te diagnostiquen un cáncer de joven. Creen que los niños y los adolescentes con cáncer tienen derecho a los mejores tratamientos, cuidados y apoyo, no solo durante el proceso de la enfermedad sino también después, ya que merecen la oportunidad de vivir al máximo una vez ha acabado el tratamiento.

<http://www.clicsargent.org.uk>

Prólogo

Aquellos meses, los de antes de que desapareciera, fueron los mejores. En serio: los mejores. Cada momento era como un regalo que aparecía y le decía: «Aquí estoy, soy otro momento perfecto. Mírate, ¿puedes creerte lo encantador que soy?». Cada mañana era una oleada de rímel y mariposas, el pulso que se le aceleraba al acercarse a las puertas de la escuela, la alegría que se despertaba en su interior cuando sus ojos se encontraban con los de él. El lugar ya no era una cárcel, sino el plató lleno de vida e iluminado por grandes focos en el que estaban rodando su historia de amor.

Ellie Mack no podía creerse que Theo Goodman hubiera querido salir con ella. Era el más guapo de cuarto, sin excepción. También lo había sido en tercero y en segundo. Pero no en primero. En primero no hubo ningún chico guapo; todos habían sido niñatos bajitos, con ojos redondos de insecto, grandes zapatones y chaquetas que les iban grandes.

Theo Goodman nunca había salido con una chica y todos pensaban que quizá fuera gay. Era bastante guapo para tratarse de un tío, y muy delgado. Y, sobre

todo, era muy muy amable. Ellie llevaba años soñando con estar con él, fuera gay o no. Se hubiese contentado con ser solo su amiga. Su madre, joven y guapa, lo acompañaba al instituto cada día vestida con chándal y con el pelo recogido en una cola de caballo; a menudo iba con un perrito blanco al que Theo levantaba, le daba un beso en la mejilla y lo devolvía suavemente al suelo, para después darle otro beso a su madre antes de entrar. No le importaba quién pudiese verlo. No lo avergonzaban ni el perro de nenaza ni su madre. Tenía confianza en sí mismo.

Entonces un día, el año pasado, justo después de las vacaciones de verano, se puso a conversar con ella. Así, de repente. Fue durante la comida, sobre algún trabajo, y Ellie, que la verdad es que no se enteraba mucho en cuestiones sentimentales, supo enseguida que no era gay y que le estaba hablando a ella porque le gustaba. Era muy obvio. Y así, de repente, empezaron a salir. Ella antes creía que todo eso sería más complicado.

Pero solo fue un error, un pequeño nudo en su línea temporal, y todo acabó. No solo la relación; todo. La juventud. La vida. Ellie Mack. Todo desapareció. De haber podido ella desovillar el tiempo y volver a hacer una bola con él, habría visto los nudos en el hilo, las señales de advertencia. Más tarde todo le resultó obvio. Pero entonces, cuando no sabía nada de nada, no lo vio venir y se precipitó en sus brazos con los ojos bien abiertos.

PRIMERA PARTE

Uno

Laurel entró en el piso de su hija. Incluso en aquel día relativamente soleado le pareció oscuro y tenebroso. La ventana delantera estaba cubierta por una enorme maraña de enredaderas, mientras que la otra punta del piso quedaba totalmente oscurecida por el bosquecillo al que daba.

Una compra impulsiva, eso era lo que había sido. Hanna había cobrado su primer bono y había querido invertirlo en algo sólido antes de que se evaporase. La gente a la que le había comprado el piso lo había llenado de cosas bonitas, pero Hanna nunca tenía tiempo para ir a mirar muebles, y ahora el lugar parecía un deprimente apartamento posdivorcio. El que no le importara que entrase su madre a limpiar cuando ella no estaba demostraba que, para ella, aquel piso no era más que una habitación de hotel con pretensiones.

Laurel, por costumbre, barrió desde el minúsculo recibidor hasta la cocina, donde cogió los trastos de limpiar de debajo de la pila. Parecía que Hanna no había estado en casa la noche anterior. El bol de los cereales no estaba en el fregadero, no había manchas de leche

en la mesa ni tubo de rímel medio abierto junto al espejo de aumento al lado de la ventana. Un escalofrío se deslizó por la espalda de Laurel. Hanna siempre volvía a casa. Hanna no tenía ningún otro lugar adonde ir. Fue hasta donde había dejado el bolso y sacó el móvil, marcó el número de su hija con dedos temblorosos, que se le hicieron un lío cuando saltó directamente el buzón de voz, como siempre que Hanna estaba trabajando. El aparato se le cayó al suelo, pero dio contra el zapato de Laurel y no se rompió.

—Mierda —murmuró tras recogerlo y quedárselo mirando—. Mierda.

No tenía nadie a quien llamar, nadie a quien preguntarle «¿Has visto a Hanna? ¿Sabes dónde está?». Simplemente, su vida no funcionaba así. No tenía grandes conexiones, solo pequeñas islas que asomaban como puntitos aquí y allá.

Era posible, pensó, que Hanna hubiera conocido a algún hombre, aunque no muy probable. Nunca había tenido pareja, ni una sola. Alguien había aventurado una vez que quizá se sentía demasiado culpable como para tener chico porque su hermana pequeña ya nunca podría. Podía aplicarse la misma teoría a su desastrado piso y su inexistente vida social.

Laurel sabía que estaba exagerando y no exagerando al mismo tiempo. Siendo madre de una niña que una mañana había salido de casa con la mochila llena de libros para estudiar en una biblioteca que estaba a quince minutos a pie y ya nunca había vuelto a casa, el término «exagerar» no tenía sentido. El que se encontrara en la cocina de su hija adulta, imaginándosela muerta

en una cuneta solo porque no había dejado el bol de los cereales en el fregadero, resultaba totalmente lógico y razonable en el contexto de su propia experiencia.

Tecleó en un buscador el nombre de la empresa de Hanna y clicó el enlace al número de teléfono. En recepción la pasaron con la extensión de Hanna. Contuvo el aliento.

–Soy Hanna Mack.

Ahí estaba, la voz de su hija, brusca e impersonal.

Laurel no dijo nada; pulsó el botón de Colgar en la pantalla y devolvió el móvil al bolso. Abrió el lavaplatos y empezó a sacar las cosas.

Dos

¿Cómo era la vida de Laurel diez años atrás, cuando tenía tres hijos en vez de dos? ¿Se despertaba cada mañana imbuida de alegría existencial? No. Siempre había sido de las del vaso medio vacío. Era capaz de encontrar muchas cosas de las que quejarse hasta en las mejores circunstancias, y condensaba la alegría de las buenas noticias en un breve instante, que se volatilizaba para ser sustituido por una nueva preocupación. Así que se levantaba cada día convencida de que había dormido mal, aunque no hubiese sido así, preocupándose de que tenía el estómago demasiado grande, de que llevaba el pelo demasiado largo o demasiado corto, de que su casa era muy grande, muy pequeña, de que sus cuentas bancarias estaban demasiado vacías, de que su marido era demasiado haragán y sus hijos demasiado ruidosos o callados, de que se iban a ir de casa, de que nunca se iban a ir de casa. Se levantaba y veía los pelos de gato en la falda negra que había dejado colgando de la silla del dormitorio, o que le faltaba una zapatilla, o que Hanna tenía ojeras, o la pila de ropa que hacía casi un mes que tenía que llevar a

la lavandería de enfrente, o el desgarrón en el papel pintado del pasillo, o el horroroso grano que le había salido a Jake en la barbilla, o la comida de gato que nadie había retirado y olía fatal, o la bolsa de basura que nadie parecía dispuesto a sacar y cuyos contenidos las perezosas manos de su familia no dejaban de aplastar hacia el fondo.

Así era como ella había contemplado una vez su vida perfecta: como una sucesión de malos olores y obligaciones por cumplir, preocupaciones inconsecuentes y facturas atrasadas.

Y entonces, una mañana, su niña, su preferida, la más pequeña, su bebé, su alma gemela, su orgullo y su felicidad, se fue de casa y no volvió.

¿Qué sintió durante esas primeras horas de agonía? ¿Qué llenó su mente y su corazón, qué sustituyó a las otras pequeñas preocupaciones? Terror. Desesperación. Dolor. Horror. Agonía. Confusión. Tristeza. Miedo. Todas esas palabras tan melodramáticas, tan insuficientes.

–Estará en casa de Theo –señaló Paul–. ¿Por qué no llamas a su madre?

Pero ella ya sabía que no estaba en casa de Theo. Las últimas palabras que le había dicho su hija fueron:

–Volveré a la hora de comer. ¿Queda un poco de lasaña?

–Queda para uno.

–¡No dejes que se la coman Hanna o Jake! ¡Prométemelo!

–Te lo prometo.

Y entonces, el ruido de la puerta al abrirse, la repentina bajada de volumen al haber una persona menos en

la casa, el lavaplatos por llenar, una llamada que hacer, el Pharmagrip que tenía que subirle a Paul, cuyo resfriado le parecía por entonces lo más molesto a lo que había tenido que enfrentarse nunca.

«Paul está resfriado». ¿A cuánta gente le había dicho esa frase durante el último día y pico? Un resoplido de cansancio, la mirada en blanco. «Paul está resfriado».

«Qué cruz. Así es mi vida. Un poco de compasión».

—No —dijo Becky Goodman—. No, lo siento mucho. Theo ha estado en casa todo el día y no hemos tenido noticias de Ellie. Por favor, dime si puedo hacer algo...

A medida que la tarde se convertía en noche, después de llamar una por una a todas las amigas de Ellie, después de ir a la biblioteca —donde le permitieron ver las grabaciones de las cámaras de seguridad; sin la menor duda, la niña no había estado allí—, después de que el sol empezara a ponerse y la casa se sumiese en una fría oscuridad interrumpida cada pocos momentos por fogonazos de luz blanca a medida que en el cielo se desencadenaba una tormenta eléctrica, acabó rindiéndose al miedo que había estado creciendo en ella y llamó a la policía.

Aquella fue la primera vez en que odió a Paul, aquella noche, con su bata, descalzo, oliendo a sábanas y a fluidos corporales, sorbiéndose los mocos, sorbiendo, sorbiendo y luego sonándose la nariz, ese horrible borboteo en las fosas nasales, los ruidos que hacía al respirar, que en sus oídos hipersensibles sonaban como los rugidos agónicos de un monstruo.

—Vístete —saltó—. Por favor.

Él aceptó como un niño resignado a obedecer a pa- los y volvió a bajar unos minutos más tarde, con una combinación veraniega de pantalones cortos de ca- muflaje y una camiseta de colores chillones. Todo mal. Mal mal mal.

–Y suénate la nariz –siguió ella–. A fondo, que no quede nada.

De nuevo, él obedeció. Lo miró con desdén mientras hacía una bola con el pañuelito de papel y atravesaba penosamente la cocina para tirarlo a la papelera.

Y entonces llegó la policía.

Y entonces todo comenzó.

Lo que nunca acabaría.

Ella se había preguntado a menudo si quizá todo hu- biese ido de forma diferente de no haber estado resfria- do Paul aquel día, de haber vuelto a casa del trabajo a la primera llamada, con su traje elegante lleno de arru- gas, enérgico y decidido; de haberse mantenido firme a su lado, cogiéndola de la mano; de no haber parecido un desecho humano que respiraba por la boca y se tra- gaba los mocos. ¿Habrían conseguido salir adelante? ¿O se hubiese dado cualquier otra circunstancia que la hubiera llevado a acabar odiándolo igualmente?

La policía se fue a las ocho y media. Poco después Hanna apareció por la puerta de la cocina.

–Mamá –dijo con una voz lastimera–, tengo hambre.

–Lo siento –contestó Laurel mientras levantaba la vista hacia el reloj de pared–. Por Dios, sí, tienes que estar muerta de hambre. –Se puso en pie con pesadez y examinó junto a su hija, sin prestar atención, el conte- nido de la nevera.

–¿Puedo comerme esto? –preguntó Hanna mientras sacaba el táper con la última porción de lasaña.

–No.

Se la arrancó de las manos con demasiada fuerza. Hanna parpadeó, confusa.

–¿Por qué no?

–Porque no –insistió ella, esta vez con más suavidad.

Le preparó una tostada con alubias, se sentó y la miró mientras se la comía. Hanna. Su hija mediana. La difícil. La agotadora. Aquella con la que no hubiese deseado naufragar en una isla desierta. Le cruzó la mente una idea horrible, tan fugaz que apenas se dio cuenta.

«Tendrías que ser tú la desaparecida y Ellie la que estuviera comiendo tostada con judías».

Le acarició suavemente la mejilla a Hanna con la palma de la mano y salió de allí.

Tres

Entonces

Lo primero que Ellie no debió hacer fue sacar una mala nota en mates. Si hubiera trabajado más, si hubiera sido más lista, o no hubiera estado tan cansada cuando hizo el examen, si no hubiera estado tan dispersa y dedicando más tiempo a bostezar que a concentrarse, si hubiera sacado un notable en vez de un bien, no habría sucedido nada. Aunque, retrocediendo más atrás en el tiempo, si no se hubiera enamorado de Theo, si le hubiese gustado otro que fuera un inútil en mates o alguien a quien no le importaran ni las mates ni las notas de los controles, alguien sin ambiciones, o, mejor aún, si no se hubiese enamorado y punto, no habría sentido la necesidad de ser igual o mejor que él; se habría contentado con un bien y, al volver aquella noche a casa, no le habría rogado a su madre que le buscara una profesora particular de mates.

Así que ahí estaba. La primera mancha en su cronología. Ahí mismo, a las cuatro y media o así, la tarde de un miércoles de enero.

Había llegado a casa de mal humor. A menudo regresaba de mal humor. No era provocado; simplemente sucedía. En cuanto veía a su madre u oía su voz se sentía molesta de forma irracional y entonces escupía todo lo que no había podido hacer o decir en todo el día en el instituto, y es que allí la consideraban una Buena Chica, y una vez que tienes reputación de buena intencas mantenerla.

–Mi profe de mates es una mierda –dijo mientras dejaba la mochila en la mesita del pasillo–. Una verdadera mierda. Lo odio.

No lo odiaba. Se odiaba a sí misma por su fracaso. Pero eso no podía admitirlo.

–¿Qué ha pasado, cariño? –replicó su madre desde la cocina.

–¡Te lo acabo de contar! –No acababa de contarle nada, pero eso no tenía importancia–. Mi profe de mates es muy malo. No me voy a sacar el curso. Necesito clases particulares. Necesito mucho mucho que me den clases particulares.

Fue hasta la cocina y se dejó caer dramáticamente en una silla.

–No podemos permitirnos un profesor particular –le dijo su madre–. ¿Por qué no te apuntas a las clases de repaso optativas de mates de la escuela?

Y ahí se produjo la siguiente mancha. De no haber sido una niña tan consentida, de no haber esperado que su madre sacara una varita mágica y le solucionara todos sus problemas, de haber tenido una ligera idea de la situación económica de sus padres, de haberle impor-

tado lo más mínimo cualquier cosa que no fuese ella misma, la conversación hubiese acabado en ese punto. Hubiese dicho: «Vale, lo entiendo. Eso haré».

Pero no fue eso lo que hizo. Insistió e insistió e insistió. Se ofreció a pagarlo de su bolsillo. Mencionó los ejemplos de otros de su clase que tenían mucho menos dinero que ellos, pero, aun así, iban a clases particulares.

—¿Y si se lo pides a alguien del instituto? —le sugirió su madre—. Alguien más mayor, que lo haga por unas pocas libras y un trozo de tarta.

—¿Qué? ¡Ni hablar! ¡Por Dios, qué vergüenza!

Y así fue como perdió, como se le escurrió una nueva y resbaladiza oportunidad de salvarse. Adiós. No llegó ni a saberlo.

Cuatro

Entre el día de mayo de 2005 en que Ellie no volvió a casa y hace exactamente dos minutos no han conseguido dar con la menor pista respecto a su desaparición. Ni una.

El último avistamiento de Ellie quedó registrado en las cámaras de seguridad de Stroud Green Road a las diez cuarenta y tres. La mostraba deteniéndose un momento para contemplar su reflejo en la ventanilla de un coche aparcado. Durante un tiempo se consideró la teoría de que se hubiera parado a mirar a alguien que había dentro, o a decirle algo al conductor, pero identificaron al dueño y comprobaron que estaba de vacaciones en el momento de la desaparición de Ellie, y que el coche llevaba un tiempo allí.

El caso es que en ese punto acababa su rastro.

La policía fue casa por casa por el vecindario, interrogó a pedófilos reconocidos, analizó las grabaciones de las cámaras de todas las tiendas de Stroud Green Road, pidió a Laurel y Paul que grabaran un llamamiento televisivo que vieron unos ocho millones de personas, pero nada los llevó más allá de esa última ima-

gen de Ellie contemplando su propio reflejo a las diez cuarenta y tres.

Que Ellie vistiera una camiseta negra y vaqueros le había supuesto un problema a la policía. Y que llevase su precioso cabello dorado recogido en una sencilla cola de caballo. Y que su mochila fuera de color azul marino. Y que sus zapatillas de deporte fueran de las baratas, compradas en el supermercado. Era casi como si se hubiese hecho invisible deliberadamente.

Dos agentes con la camisa arremangada registraron detenidamente la habitación de Ellie durante cuatro horas. Por lo visto, Ellie no se había llevado nada fuera de lo normal. Puede que hubiera cogido algo de ropa interior, pero a Laurel le resultó imposible saber si faltaba algo en sus cajones. Tal vez se hubiese llevado una muda, pero Ellie, como la mayoría de las jóvenes de quince años, tenía demasiada ropa, hasta el punto de que Laurel no sabía con precisión cuánta. En su hucha seguían estando los pocos billetes de diez libras, muy doblados para que pudiesen entrar por la ranura, que su madre le daba cada cumpleaños. Su cepillo del pelo seguía en el lavabo, su desodorante también. Ellie nunca había ido a dormir a casa de una amiga sin llevarse el cepillo y el desodorante.

Al cabo de dos años la búsqueda dejó de ser considerada prioritaria. Laurel sabía lo que pensaban. Que Ellie se había escapado de casa.

¿Cómo podían creer eso cuando no había ninguna grabación de ella en una estación de tren, en una parada de autocar, ni siquiera caminando por ninguna calle aparte de aquella en la que había desaparecido? Que la

búsqueda dejase de ser prioritaria le supuso un verdadero mazazo.

Pero la reacción de Paul fue un mazazo aún más fuerte. –Supongo que es una forma de pasar página.

Eso es, ahí mismo: el último clavo en la tapa del osario de su matrimonio.

Mientras, los chicos seguían adelante como podían, cumpliendo sus horarios como trenes en una vía. Hanna hizo la selectividad. Jake se licenció en la Universidad de West Country, donde había estudiado para topógrafo. Y Paul estaba ocupado intentando que lo ascendieran en el trabajo, comprándose trajes nuevos, hablando de comprar un coche mejor, mostrándole en internet hoteles y *spas* que hacían ofertas aquel verano. Paul no era una mala persona. Era una buena persona. Ella se había casado con una buena persona, como había sido siempre su intención. Pero su forma de lidiar con el agujero que la desaparición de Ellie había abierto violentamente en sus vidas le mostró que no era lo bastante fuerte, lo bastante capaz, que no estaba lo bastante loco.

La desilusión de Laurel con él era una parte tan minúscula del conjunto de sus sentimientos que apenas se daba cuenta. Cuando un año más tarde él se marchó de casa, fue como si nada, apenas un puntito en su existencia. De hecho, si volvía la vista atrás para rememorar aquella época, apenas conseguía recordar detalles. Lo único que no había olvidado de entonces era su absoluta necesidad de seguir con la búsqueda.

–¿No podemos hacer otro puerta a puerta? –rogó a la policía–. Hace un año del último. Seguro que es bastante como para que aparezca alguna nueva pista.

El agente sonrió.

—Lo hemos hablado —le dijo—. Creemos que no sería hacer un buen uso de nuestros recursos. No en este momento. Quizá dentro de un año o así. Quizá.

Pero, de repente, este enero llamó la policía y le comunicó que el programa *Crimewatch* quería hacer un llamamiento por cumplirse el décimo aniversario. Una nueva reconstrucción. Se emitió el 26 de mayo. No aportó ninguna prueba nueva. No hubo nuevos avisamientos.

No cambió nada.

Hasta ahora.

* * *

El detective sonó cauteloso por teléfono.

—Puede que no sea nada, pero queremos que venga igualmente.

—¿Qué han encontrado? —preguntó Laurel—. ¿Un cuerpo? ¿Qué?

—Por favor, venga, señora Mack.

Diez años sin nada. Y ahora tenían algo.

Cogió el bolso y salió de casa.